

Sandra Milán

**Un invierno
en Manhattan**

Sandra Milán

Un invierno en Manhattan

grádo cero [a] narrativa

grádo cero [ã] narrativa

© Sandra Milán, 2006

© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 grand guignol
ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN-10: 84-934428-7-9

ISBN-13: 978-84-934428-7-3

Impreso en España

ÍNDICE

- I *Hermanos, nannies y amigos*, 7
- II *El condominium*, 30
- III *Paseo por Central Park*, 49
- IV *Botanical Garden, Queens (Corona Park)*, 71
- V *El encuentro / Diálogos de fin de servicio*, 98
- VI *Mi historia*, 122
- VII *Bed or cudling?*, 150
- VIII *La Costa Brava*, 182

CAPÍTULO

I

Hermanos, nannies y amigos

—¡Ah!, mi hermano no se porta bien.

Me llamo Ana y tengo dos hijos pequeños. Acabamos de llegar a Nueva York y no trabajo. En principio, me ocupo de los niños. Son muy pequeños todavía, uno no tiene tres años aún y el otro cumple hoy un añito y medio. Estoy muy cansada. Ahora habla la *nannie* recién contratada.

—¡Ah!, señora, qué tonterías hace mi hermano.

Estoy muy cansada, pero como quiere hablar, le pregunto:

—¿Tu hermano el *doorman*? —Es la única pregunta que alcanzo a formular.

Quién iba a ser. Al día siguiente de llegar a nuestro elegante condominium, uno de los innumerables *doorman-concierge* se lió a hablar conmigo sobre el niño que dormía y el niño que no dormía en el cochecito; cuando regresé del paseo con los pequeños, yo le estaba hablando (en español) a uno de los dos, que tenía mucha hambre y estaba muy

gruñón, y el *doorman* enseguida me dijo (en español) que conocía una excelente *nannie*, que era su hermana. Son mejicanos, de segunda generación. Él se llama Adam y ella Mary. Yo creo que son americanos. Ni siquiera me preocupé de preguntárselo a Mary, que vino, la noche misma, a llamar a nuestra puerta; me imagino que tiene el derecho de trabajar. Ni siquiera he visto sus papeles y no sé si realmente es la hermana de Adam, ni dónde vive, salvo que me dijo que vivía en Queens con su mamá y con su papá y con su hermano. Tengo un número de móvil.

Es muy imprudente en una ciudad como Nueva York, ya lo sé. ¿Cómo se llamaba esta película horrible? ¿*La cuna vacía*? o al menos de eso iba. Y el neoyorquino que nos vino a recoger al aeropuerto me aconsejó especialmente que no me fiara de ningún neoyorquino, bajo ningún pretexto. A todas las cosas que tengo que hacer cada día se suma la de preguntarle más datos a Mary, y si tiene un seguro. Y también, ¿por qué no?, ir a mirar en su bolso (a escondidas). Una conocida mía lo hizo con su *nannie* (en Europa) y encontró unos pañales que le sirvieron de pretexto para echarla. A esta chica, llamémosle Cristina, le parecía inaceptable que su *nannie* le robara pañales. La verdad es que los pañales son escandalosamente caros. Además, la *nannie* se duchaba en su casa con su gel de ducha. Cris calculó que durante cinco meses se había duchado cada día y había gastado no recuerdo cuántas botellas de gel de ducha. Y tal vez champú. Eso también sublevó a su marido. Hay que reconocer que el champú también es muy caro y defender sus bienes una excelente razón de quedarse sin *nannie* y obligar a su mujer a quedarse en casa. Y Cris también empezó a dudar si la *nannie* no lavaba la ropa en su lavadora. Bueno, en lo que nos concierne, no hay lavadora en el piso; como en casi todas las casas de Nueva York, hay una *laundry room* en el segundo piso, donde hay que bajar a lavar la ropa. Lógicamente, espero que Mary no deje a los bebés solos para ir a lavar su propia ropa once pisos más abajo. El deta-

lle más interesante de esta historia es que la *nannie* ladrona de Cris era la hermana pequeña de la *nannie* altamente recomendable y bien conocida de la propia hermana de Cristina.

Sin embargo, el condominium se parece más bien a un hotel de lujo que a un conjunto de pisos, y no se puede imaginar que un *doorman* no tenga las mejores referencias, y que su hermana sea una ilegal o ande metida en negocios ilegales como el rapto de niños de corta edad. Hay una piscina, una terraza para tomar el sol, un gimnasio, un restaurante y un montón de cosas que no he tenido ni el tiempo ni el valor de explorar. Y hay, eso sí que es visible, un montón de gente muy amable y educada que vive en los pisos, y un montón de *doorman*, *concierge*, *porter*, *service-elevator-porter* y *handyman* a su servicio, y ahora, desde hace un par escaso de semanas, al mío. Todos se preocupan de hacer favores. Es muy agradable, en especial cuando se está muy cansado. Y a dos pasos está Central Park, con sus *lawns*, sus árboles, ardillas y colores, de lo cual una mamá ama de casa sólo se puede alegrar. Lo digo porque odio ser ama de casa, pero Central Park es especial. No sé quién piensa que es una naturaleza tan urbana que seguramente no se encuentran caracoles en el parque. Yo ya he visto un caracol. Claro, que también he visto ratas. Pero a mí me parece un parque natural y casi salvaje. En cualquier caso, el servicio del condominium es como un ejército de ángeles de la guarda, y el condominium un lugar paradisíaco (de hecho, se llama la Escalera del Eden, *The ladder of Eden*), donde los *doormans*, las chicas, las *nannies* y los vecinos no pueden sino ser honrados, agradables y bien educados. La mayoría son elegantes. Pocos son guapos. Los hijos de unos cuantos son retrasados mentales, o padecen de un síndrome común en Nueva York, el de *attention deficit disorder*. O sea que tienen como “agujeros en la concentración”, “blancos”, “vacíos”, durante los cuales pueden hacer, en teoría, cualquier cosa, y que se deben, esencialmente, a la gran cantidad de tele que ven desde su primer mes de vida.

Bromean mucho, sobre todo los *porters*, mientras van aspirando y lavando para que el lobby esté siempre impecable, sobre la Escalera del Edén. No es difícil adivinar por qué bromean, aunque yo lo único que me pregunto es por qué sigo tan cansada, viviendo camino del paraíso, y ahora maravillosamente acompañada por una espléndida *nannie*.

¿Quién es Mary y quién es Adam? Se parecen: son muy guapos. Todavía tienen la piel tersa de los niños jóvenes, una mirada dulce, un aspecto tierno, unos rasgos regulares y finos, un pelo negro, espeso, brillante, lacio, y ojos magníficos, vivos, burlones, inteligentes. No tienen ojeras, claro.

Son muy guapos. Pero los muy guapos suelen juntarse y crear nuevas familias, por ejemplo, o bien, si no, asociaciones de malhechores. Así que, para resumir, se presentó Mary una noche, y la contraté. Más o menos lo único que me comentó fue que se llamaba Mary-Niah (pronunciar “Naiee”) y que prefería que la llamaran Naiee. Como su hermano la llama Mary, y me olvido de pronunciar correctamente Naiee (y no “Nia”), la llamo preferentemente Mary. A mi marido le pareció que yo tomaba una decisión muy rápida al contratar de inmediato a Mary, pero como él también está muy cansado y está muy cansado en particular de que yo esté tan cansada, le pareció bien a fin de cuentas. Claro que también le preocupa lo del seguro, y lo de la legalidad. Ha preguntado a sus colegas, y yo a las mamás que voy conociendo, y todos y todas dicen lo mismo: casi todas las *nannies* son ilegales. Nos van quedando menos escrupulosos. (De todos modos, yo pienso que Mary es americana).

Y Mary (“Meri”) suspira:

—¡Ah!, mi hermano, señora, no sólo es *doorman*.

Me esfuerzo por mantener la conversación.

—Eso... ¿es un peligro para mis hijos, Mary (“Meri”)?

—No señora —contesta muy seria—, no en absoluto, por favor. No tiene nada que ver. Ni roba tampoco, no se vaya a creer, que en nuestra familia somos honrados, y no corremos detrás del dinero. Sólo que es tan guapo que se aloca.

Lo que decía: guapo, y joven.

Yo no es que sea especialmente vieja, es decir que, si he dejado la juventud, todavía no he entrado en la vejez, todavía la vejez no se ha convertido en mi especialidad: pero me siento así —vieja— desde que nació el segundo de los pequeños. Cansada, y de repente con una vida que ya nada tiene que ver conmigo: en casa, a ocuparse de los pequeños, en un país extraño, en una lengua extraña. Antes, la niña era yo, pero tenía responsabilidades. Ahora los niños son ellos, pero yo ya no tengo responsabilidades, como si sólo pudiera haber al mismo tiempo una generación de niños y las responsabilidades no tuvieran nada que ver con el hecho de ser niño o no.

—¿Qué quieres decir entonces, Mary (“Meri”)? ¿Tiene muchas aventuras?

—Tiene que ver con su trabajo.

—Mira, no te entiendo.

Estamos en el salón, inmenso, vacío. Un salón de cincuenta metros cuadrados, con una moqueta espesa que absorbe las caídas de los pequeños.

Mary se enfada.

—Es que usted no oye nada, parece que viva en la luna.

Me enfado yo. A mí tampoco me gusta la familiaridad. A ver si no mando yo.

—Mira, yo llevo un año sin dormir, más o menos. Y hace dos semanas solamente que estamos aquí. Y vivimos en una casa vacía. Así que si tienes algo que decir, dilo, y si no ocúpate de lo que tengas que ocuparte.

—¡Váyase a dormir, pues! Para esto estoy yo, ¿no? —Pero me contesta en un tono más dulce.

Suena el teléfono. Antes de contestar, le digo:

—Mira, mientras los niños hacen la siesta, limpia la cocina, por favor.

Así habíamos quedado. Un poquito de ayuda doméstica, además de *nannie*. Coser algún botón, preparar la comida, cambiar las sábanas, limpiar la cocina. Pero si no se lo

recuerdo cada vez, se sienta al lado mío, y habla. Cuando contraté a Mary (“Meri”), me dijo que podía cocinar y me dio unas referencias. Al llamar al número que me había dado, la señora que me contestó y se pretendía mamá también de un par de críos pequeños, me aseguró que entre los talentos de la *nannie* contaba el de cocinar, de modo que, el primer día, la instalé delante de un montón de verdura por pelar, y le enseñé cómo se preparaba la comida, tras de lo cual, para asegurarme de no sé qué que no me había parecido del todo convincente, le pregunté o más bien le declaré: «¿Todo bien? ¿Es lo que hacías en la casa anterior, no?» Como los chavales tenían la misma edad más o menos... De repente Mary parecía tímida, y al cabo de un momentito de silencio, confesó que no, que lo que ella hacía era calentar en el microondas la comida ya preparada. Me dio mucha risa, pero desde entonces, yo me empeño en que se ocupe de la comida y ella trata de escaquearse (entre otras cosas pretende que a los niños no les gustan las verduras). Me gusta mucho Mary (“Meri”) pero no quiero una dama de compañía. ¡Quiero una sustituta!

Claro que tampoco me hace gracia que los pequeños le sonrían a ella y no a mí, o no quieran comer sino con ella, o vayan a consolarse de una caída en su regazo y no en el mío. No me hace ninguna gracia, pero cuando ella no está me desespero. Y cuando está también: tengo dos niños magníficos —*how cute... they are adorable... they are gorgeous... they are friendly... oh he is curly... oh he has straight hair*— pero pienso mayoritariamente en cómo emprender la huída.

¡Trampa, cuando te cierras sobre nosotros! Trampa, cuando atrapas al elefante valiente pero incapaz de trepar. Trampa, como las trampas del Tarzán del sábado por la tarde. ¡Aaaaaaaaah!: no es que anhele ningún Tarzán, pero me indigno de no haber visto la trampa antes de estar dentro. Me indigno de haber visto la trampa y de no haberla sorteado. Me indigno de haber creído que yo sería más lista y podría no caer en ella.

—Bueno —concede Mary— ¡pero de qué mal humor está usted!

Contesto por fin al teléfono, que acabará por despertar a los niños. Es la esposa aburrída pero amante del *shopping* de un colega.

—Ya iba a colgar.

—¡Lisie! ¡Qué bien! ¿Me permites un minuto? Y tapando el receptor, le susurro a Mary: «Oye, yo no duermo, ni por la noche ni durante el día, y mientras no duerma ¡no me hables!»

Lisie quiere salir de compras. A mí me gustaría ir a comprar algo para amueblarnos, o, más que me gustaría, necesito comprar muebles, pero Lisie hace una pausa ligera, me sonrío eléctricamente vía el teléfono, y concluye: «Mira, te llevo y ya veremos lo que hay».

Mary murmura en la cocina: «Yo es que iba preocupada».

Sigue pensando en su hermano y apenas la oigo y apenas la entiendo, sobre todo. En aquel momento, su hermano no me importaba nada. No me importa. Salí corriendo, sin llevar siquiera un móvil que no había tenido tiempo ni valor de comprar. Mary no podía contactarme si ocurría algo a los niños, y no creo ni que tuviera el teléfono de mi marido en el trabajo. Todo esto era totalmente inadecuado, pero cuando tengo mucho sueño (yo o cualquier persona, me imagino) aunque me hablen y oiga físicamente lo que me dicen, no lo entiendo. Aunque me hablen en mi propio idioma, y no me digan cosas complicadas, como: «Nueva York es peligrosa, no te fíes de nadie», que es muy complicado, porque implica que sea capaz de un razonamiento muy abstracto para mi estado presente y que pueda deducir de la advertencia que no puedo salir sin permanecer conectada con los pequeños y sus guardianes. Aunque me digan cosas para las cuales no he de deducir nada, cosas tan sencillas como: «¿Preparo las salchichas?» (pero esta frase que me dijo Mary hace un instante, no es tan sencilla tampoco: quiere decir que lo que le mandé preparar no le convenía

por una razón desconocida, y que tengo que preguntar por esta razón y después tomar una decisión) o «¿Qué hora es?», sigo sin entender y sin contestar. ¿Prepara Mary salchichas? Desde luego, si lo hace, no será porque yo se lo haya mandado.

Estábamos en octubre y hacía mucho calor todavía. Ni un soplo de viento. Era extraño en esta isla donde soplaban vientos desde todos los horizontes. Traté de respirar.

Un día, luchando contra el sueño, me había esforzado en entender cómo me podía mover por Manhattan. Al principio, antes de que Mary viniera a aliviarme un poco, ni siquiera pensaba en que podía esforzarme en entender algo sobre los transportes en común. Llamaba a los taxis que pasaban (eso era fácil porque todos los taxis son amarillos y todos los coches eran taxis, salvo las *limousines*, que hasta yo, incapaz que soy de nombrar una sola marca de automóvil, reconocía sin dificultad, básicamente porque no eran amarillas; lógicamente, unos taxis estaban ocupados —ahora que tengo menos sueño sé que los que no están ocupados tienen la lucecita del medio encendida— pero al final siempre caía uno por casualidad que estaba libre) y me subía y me bajaba. Lo máximo que hacía era tratar de subirme con el dinero suficiente. Cuando sabía que no tenía la cantidad que hacía falta, caminaba, hasta donde podía, unas veinte calles al sur, después no sólo ya no podía con mi alma, sino que se hacía muy tarde, y mi instinto maternal me dictaba que debía volver al hogar a ver lo que pasaba con Mary y los niños. Como en el fondo, por mucho sueño que tuviera no me había vuelto idiota, y había entendido la advertencia de que la vida era peligrosa, y también había visto muchas películas americanas, siempre volvía con la angustia de que los niños ya no estuvieran en casa. Pero tenía demasiado sueño para recordar el *Personal Identification Number* de la Master, y no podía sacar dinero (una vez más: el sueño no me había vuelto idiota, y no llevaba encima el PIN secreto, aunque por otro lado todo el mundo repetía que Nueva York ya no

era lo que había sido y que se podía ir por la calle a todas horas sin miedo, especialmente en Manhattan; la verdad es que aunque el sueño me hubiera vuelto idiota o lo hubiera sido de entrada o me hubiera fiado más de los que decían que Nueva York era una ciudad segura de los que decían lo contrario —y ahora que lo cuento tiene mucha gracia constatar que yo no hacía caso ni a los unos ni a los otros— este mismo sueño me hubiera impedido recordar donde tenía anotado el dichoso PIN). Entonces caminaba por las espléndidas aceras de Manhattan, anchas y limpias, en medio de gente educada y sonriente, que aguantaba las puertas de las tiendas para que pudiera entrar y salir, y daban las gracias y pedían por favor, y se disculpaban todo el tiempo y hablaban amablemente entre sí, en inglés o en español, o en las dos cosas a la vez, en una encantadora retahíla de sonidos que no se entendían para nada, y me pedían muy a menudo una dirección. Vivíamos en el barrio más rico y educado de Nueva York.

Me cansé de los taxis porque conducían muy rápido y costaban muy caro (contrariamente a un lugar común que todas las guías repiten). Me bajaba mareada y me mareaban todavía más los rascacielos, el circular continuo de la multitud. Pero, ¿la gente no trabaja? Pero ¿cómo se gana la vida la gente? ¿Y cómo es que unos son millonarios y otros no? Nosotros no lo éramos y conocíamos a unos que lo eran: al principio de nuestras vidas la diferencia no había sido tan grande, incluso no había, y de repente se había convertido en abismal: ellos tenían millones y nosotros no, y además poca esperanza de tenerlos un día) y el desfile ininterrumpido de tiendas y tiendas y más tiendas, de las diez mil tiendas de Manhattan: una tienda de manicura-pedicura por 25 dólares, una tienda de ropa, una tienda de juguetes, un banco, un coreano abierto veinticuatro horas al día, otra tienda de manicura, una tienda de muebles, un *Duane and Reed*, un café-deli, otro café-deli, otro café-deli, un restaurante (de *brunches*), un hotel, un *superstore*, una tienda de mue-

bles góticos, una tienda de lámparas, un electricista, un *CVS Pharmacy*, y de repente muchas tiendas de ropa, para niño, para mujer, para hombre, para ancianos, para adolescentes, para salir, para viajar, para irse a la montaña, y unas cuantas tiendas de *gadgets* más otras cuantas de cartas y papeles. Y un *Radio Shack*; y las tiendas de zapatos. Y las tiendas de electrónica. Más todos los supermercados: *Food Emporium*, *Gristedes*, *Citarella*, *D'Agostino*, *Pioneer*, *Fairway-eli-zabar-*, *Vinegar-Factory-Eat-Freshdirect* (son los mismos), y vuelta a empezar: un *Duane and Reed*, y *Food Emporium*, etcétera. Un *Radio Shack*, para dar la nota. Alguna librería *Barnes and Noble* de vez en cuando, algún café *Starbucks*, y un sinfín de chiringuitos: *laundries* y *drycleaning* asiáticos o hispanos, zapateros, relojeros y costureros yugoslavos. Cinco calles de Nueva York se pueden explorar durante un mes; y cuando el mes ha pasado, la mitad de las tiendas ha cerrado y ya no se conoce el barrio. Yo caminaba veinte calles y me volvía corriendo, por si los niños y la *nannie*... Me encantaban y me frustraban mis paseos y volvía de mejor humor, o no.

Desde aquella época (era hace unas tres semanas) las cosas han cambiado un poquito. Mi marido ya no vuelve por la noche, tira la ropa (o sea la chaqueta, la corbata y el pantalón), coge a un niño, intenta en vano darle de comer, lo mece, lo pone en su cama, lo vuelve a coger, lo vuelve a mecer, hasta pasadas las once de la noche, hora a la que de puro cansancio los niños y mi marido se quedan dormidos donde los ha pillado, mientras yo ya no hago lo mismo con otro niño, más preparo la cena, más bajo a hacer la colada, más subo con la colada seca y doblada (que doblé), más no sé qué más, porque también me quedo dormida cuanto antes, hasta que un grito, muy a menudo un grito doble, me despierte pocas horas después. Y volvemos a coger y a mecer y a tratar de acostar en la cuna y volvemos a coger y a mecer hasta que nos quedamos dormidos en un rincón del piso vacío, lo más a menudo en la espesa moqueta del

inmenso salón, todavía vacío, acurrucados como podemos, pero dormidos, exhaustos. Hacía tres semanas dormíamos tres horas por trechos de media hora o, las noches faustas, de hora entera.

Las cosas cambiaron cuando instalamos las habitaciones de los niños y les impusimos el ritual de la hora de ir a dormir: tenían sus juguetes, sus muebles, sus libros y les leíamos una historia. Después los poníamos en su cama y nos marchábamos y ellos se dormían, o lloraban y se dormían. Ellos, después de todo, tenían sus muebles y sus juguetes y se tenían uno a otro, y hasta tenían a una *nannie* guapísima que los quería mucho, les daba muchos besos y jugaba todo el día con ellos. Se divertían mucho y cada día les gustaba más Nueva York.

Nosotros (mi marido y yo) no teníamos muebles todavía, y casi dormíamos en el suelo de nuestro cuarto. Nos teníamos el uno al otro, eso sí. Hacía tres semanas, llevábamos varios meses sin dormir apenas, y sin intercambiar más que alguna información básica:

—¿Esto que está tirado por el suelo en medio del salón está sucio o no?

—¡Ya lo guardo!

—¿No está sucio entonces?

—No lo sé, sí, supongo que sí. ¡No puede esperarse!

—Oye, bajo a la *laundry* a lavar tu ropa, que yo no había firmado para eso, y tengo para dos horas, así que por favor ¡me gustaría bajar ya! ¡Y después dormir un ratito antes de que tu hijo se despierte!

O:

—¿Qué hay para comer?

—Para nosotros nada.

—Eso ya lo sé. ¿Para los niños?

—¿No lo ves? (Está en la cocina y todo está listo.)

O:

—¿Se ha hecho caca?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿No lo hueles?

—¡Huele tú misma!

O:

—¡Pero no ves que no tiene hambre, que lo que tiene es sueño!

—¡Si no come ahora, nos despierta dentro de tres horas!

—¡De todos modos nos despertará!

—Claro, ¡si no come!

—¡Cómo quieres que coma si tiene sueño!

—¡Tiene que comer antes!

—¿Cuándo antes? ¿Antes de que tú vengas? ¿Así lo hago todo yo?

—Yo no hago nada, ¡es evidente!

(Silencio.)

—Muy bien, ¡pues que no coma! ¡Pero yo no me levanto!

—¿A mí me lo dices? ¡Si me levanto siempre yo!

Hace tres semanas que dormimos más y que de vez en cuando voy y compro un mueble, así que nosotros también empezamos a tener nuestros juguetes: una mesa de despacho, una impresora, una lámpara, una silla, una conexión internet. (La impresora no le gustó nada a mi marido). Ahora aprovechamos nuestras veladas y nuestras noches para dormir y tratar de descansar. Confío, pero no sé si confío de verdad, porque ya no sé por qué me casé con este marido en particular, que cuando nos hayamos recuperado, nos acordemos de qué hablábamos antes de perder las fuerzas.

Un día, hace mucho tiempo, cuando acabábamos de conocernos y empezábamos a salir juntos, nos paseábamos por la calle y un mendigo se quedó mirando a mi futuro marido y me dijo, echándose a reír: «Cuidado, guapa, que éste es de los que se quedan».

En cualquier caso, ¿por qué recordaré una cosa semejante? Desde que decidieron los pequeños amores de mi vida dormir un poquito por la noche y comer un poquitín mejor, y desde que contratamos sin reflexión alguna (*fore-*

thought, palabra que me encanta, pensamiento enfocado al futuro, mucho más bonito que previsión, cosa aburrida, lenta, difícil, de pobres o de tacaños) a Mary, excelente *nannie* bien recomendada por desconocidos, yo paulatinamente me fui encontrando mejor, y me planteé la cuestión del transporte público en Manhattan. No aproveché para ir a la peluquería, ni a la manicura (mañana, tal vez), ni para adelgazar, ni para comprarme ropa de mi nueva talla (porque ya adelgazaré), ni para maquillarme. Pero me lancé a leer las explicaciones sobre los distintos billetes de metro y decidí comprar una *regular metrocard*. Parece una tontería, y lo es, porque desde que suprimieron los *tolkens*, hace poco, no se puede comprar sino una *metrocard*. Pero al menos me había enterado de esto, y lo había entendido, y ya era algo, viniendo de dónde venía.

Aquel día, pues, en que Mary empezó a hablar con indirectas de las otras y por lo visto siniestras actividades de su hermano Adam, *doorman* en nuestro lujoso condominium, me fui corriendo aprovechando la siesta de los pequeñines, y me bajé en la estación de metro 77 St. Escogí una de las tres máquinas automáticas que despachaban, entre otras cosas, *metrocard*, y como todavía no me fiaba mucho de la ciudad ni de la multitud que se apresuraba a mis espaldas, no utilicé mi tarjeta de crédito —o mejor dicho de débito— (por fin me había enterado que podía escoger mi propio PIN y así resultaba mucho más fácil de recordar, por ejemplo, mi fecha de cumpleaños), sino que introduje un billete de 20 dólares, lo único que tenía, pero con la intención de comprar una *metrocard* de un valor de diez dólares. La máquina me contestó que no daba más de seis dólares de cambio. Dije: «Vale». Y compré 20 dólares de *metrocard*. Y con mi *metrocard* nueva de 20 dólares me fui al andén y traté de pasar. Tras probar todas las posiciones posibles de la *metrocard*, encontré la correcta, y la pantalla electrónica me contestó con letras centelleantes que mi *metrocard* era *unreadable*.

Volví sobre mis pasos y me dirigí a la taquilla humana.

—*How many bucks?*

—*Twenty. It's new!*

El chico me dio a través de la ventanilla una carta y un sobre. Era un formulario de reclamación que debía mandar a las oficinas, junto con mi *metrocard*, para recobrar el dinero. (Mucho tiempo después puedo decir que nunca lo recuperé, y que además se me han malogrado otras muchas *metrocards*).

Acabé subiéndome al autobús con una *metrocard* que a pesar de no funcionar, servía de pase mágico. Al segundo intento en el autobús (*unreadable bip, unreadable bip*) el chófer, en vez de mandarme salir, me mandaba para adentro: *Go ahead!* Así fui recuperando el dinero perdido en cada *metrocard* (acaban saliendo demasiado caras, si no). Lo divertido en estos autobuses es que lo que le ocurre a un pasajero aparece en una pantalla que todos los demás pasajeros pueden leer; si pasas una tarjeta gratuita porque tienes más de sesenta años, todo el mundo se enterará; si pasas una tarjeta gratuita porque estás incapacitado, todo el mundo se enterará; si pasas una tarjeta gratuita porque estás en el paro, todo el mundo se enterará; si pasas una tarjeta que no funciona, y acabas viajando sin pagar, todo el mundo se enterará.

Y así se me abrieron las puertas de la ciudad, y mi libertad de desplazamientos fue la señal del principio de mis despertares. Con *metrocards* estropeadas, surcaba la ciudad en algunos minutos, libre, veloz, medio dormida, sentada en el calor espantoso del metro, o en el cálido ambiente del autobús, en vez de caminar dormida por las calles del Upper East Side. ¿Me iba despertando o seguía durmiendo? El esfuerzo era mínimo y me había parecido gigantesco.

El metro estaba sucio, viejo, y había ratas. El autobús era más fácil de utilizar (o baja y sube por las avenidas o recorre horizontalmente las calles de este a oeste), y muy lento. Desde el autobús podía ver pasar la ciudad de mis sueños, sin pagar, con la conciencia tranquila.

Hubiera debido ser feliz.

Nueva York es una ciudad muy cara, hasta que se sabe dónde hay que ir a comprar. Gracias a Lisie y a otras cuantas, Virginia en particular, rápidamente descubrí una serie de tiendas *discount* que vendían a precios normales o muy bajos lo que otras tiendas vendían o habían vendido el año anterior a precios prohibitivos. Muchas tiendas hacían rebajas casi cada dos semanas, como las cadenas *Gap-Banana*, *Republic-Old Navy*, *Gymboree*, *Searle*, *Boltom*. Y claro, había tiendas que hacían pocas rebajas, y que ofrecían muebles o ropa o zapatos realmente fuera de lo común, de una belleza y de una novedad increíbles.

Virginia era del *Opus*, y con ella íbamos a *Conway* (para la ropa), a *Amazing savings*, a *Jack 99 c*, donde se encontraba de todo a un dólar, a *Payless shoe source* (para zapatos a cinco dólares), a *Daffy's*. *Conway* no era una tienda muy interesante, salvo para las medias y calcetines; lo demás de la ropa era de muy mala calidad, de calidad tan baja como bajos eran los precios; me compré unos pantalones de algodón para estar por casa que duraron tres meses; y era difícil revolver y encontrar lo que se quería, o la talla correcta, o el conjunto correcto, porque sin cesar los empleados (muchos eran de Costa de Marfil y hablaban francés y casi nada de inglés) pasaban empujando carretillas cargadas de bultos gigantescos y me gustaba mirar inmóvil cómo los iban abriendo, esperando que apareciera un sinfín de tesoros inimaginables, que calmarían por fin mi curiosidad en sufrimiento, mis ansias de novedad; pero inexplicablemente, sacaban ropa y más ropa, y todos los modelos diferían en algo, pero se parecían mucho más que diferían, se parecían entre sí, y se parecían a todos lo que había por Europa, salvo que había muchos más.

Para entender, así, tontamente, llanamente, hasta qué punto Europa ha copiado a América, hay que vivir un poco

en América. Y para entender hasta qué punto América ha copiado a Europa, hay que vivir en América también. Si América es el sueño europeo, Europa es el sueño neoyorquino: un buen restaurante tiene un chef francés o italiano, o un menú francés o italiano; un buen cavista tiene vinos franceses o españoles; un buen supermercado (*traiteur*) vende quesos franceses o italianos y café italiano; una buena tienda de electrodomésticos vende aparatos europeos, alemanes en particular; un buen instituto de dietética se reclama de “pensamiento” europeo y escribe libros que se llaman: “Qué comen las mujeres francesas que comen bien y no engordan”; un buen instituto de belleza propone productos de fórmula europea; hasta una buena tintorería ofrece un *french cleaning* y emplea costureros europeos o franceses; y claro, la alta costura italiana, francesa, española, alemana. Dicen: «Qué suerte tienen los europeos, que están obligados a hablar tantos idiomas; nosotros aquí, sólo con el español, o sólo con el inglés, no nos hace falta, y no hablamos nada». Quién no conoce la broma (americana), que tanto dice sobre su complejo lingüístico: ¿cómo se llama una persona que habla tres idiomas?: un trilingüe; ¿cómo se llama una persona que habla dos idiomas?: un bilingüe; ¿cómo se llama una persona que habla un sólo idioma?: un americano. ¿Y quién no ha oído a los europeos suspirar porque no tienen un idioma común?

Jack 99 c y *Amazing Savings* son la misma cosa, *Amazing Savings* ha comprado hace poco muchas de las tiendas de *Jack 99 c*. Por el momento conozco un solo *Jack 99 c*, en la calle 32 cerca de Herald Square, que es casi tan grande como un Corte Inglés. Cada vez que puedo voy a un *Amazing Savings* o a un *Jack 99 c*, y compro juguetes (de marca conocida) y libros a ochenta centavos.

En general, volvía contenta y con los brazos cargados de cosas bastante inútiles, y me paraba en el camino de vuelta en un *Dean and DeLuca* a comprar un dulce de lujo (o muchas veces un dulce banal a precio de lujo).

Con Lisie, cuando Lisie venía sola, era más divertido. Lisie se había inscrito en la *mailing list* de *Soiffer/Haskin* y me llevaba a las *sample sales*, en particular a la *Parson School of Design* donde a menudo organizaban ventas de modelos de alta costura. Los precios eran interesantes, comparados con los precios de origen, claro, y Lisie venía cargada de dinero (había que pagar en *cash*) y salía cargada de ropa de marca. Aquel día me llevó por primera vez, y me prestó dinero porque no aceptaban la tarjeta de crédito y no me había avisado.

—Tienen todas las marcas, todas —me explicó durante el camino—. Escada, Feraud, Ferragamo, Ungaro, Ozbek, Ferré... pero no tienen todas las tallas.

Salimos de la venta con la marca Ungaro, y yo en particular con una falda Ungaro demasiado pequeña (Lisie era menuda, pero como era bajita, tampoco le quedaba muy bien la ropa). Sería motivo para adelgazar.

—No deberías lanzarte a adelgazar a estas alturas, estás demasiado cansada —me aconsejó Lisie.

Estábamos comiendo en el primer piso de un *salad bar*, cosas más bien sanas, lechugas y verduras; también había platos de carne en salsa, y platos asiáticos, que desprendían un olor a fritura poco apetecible, que me mareaba un poco; bebíamos un *Diet coke* con lima; a Lisie le hubiera gustado tomarse una cerveza, pero no había.

—Estoy menos cansada —protesté débilmente. Siempre me gustaba cuando me decían que estaba cansada y parecían querer mimarme por ello. Pero la verdad es que empezaba a estar un poquito menos cansada y no podía (no quería) seguir engordando indefinidamente. Y sospecho de todas las “amigas” que me animan a comer más, muy particularmente cuando son menuditas. (Una mujer que es verdaderamente amiga tuya suele animarte a adelgazar). Cuando acabábamos de comer, me entró el ansia bien conocida del síndrome ausencia de más de dos o tres horas, y me juré una vez más comprar mañana mismo un móvil. Al final compré

uno que es una ruina (pago por las llamadas que me hacen) y que no utilizo nunca; pero Mary tiene el número, y yo también, guardado en un cajón. Mary utilizó el número para avisarme que había una *delivery* del supermercado, por ejemplo, y cosas así, muy útiles, y yo pienso que es porque trataba de convencerme que no dudaría en utilizar el móvil en caso de necesidad.

Los niños estaban despiertos y bien cuando llegué a casa, sin ningún mueble para el salón y con una ropa demasiado pequeña; pero Mary no tenía muy buena cara y como yo estaba de mejor humor, le pregunté por qué.

—Ay, señora, mi hermano... que nos tiene preocupados... mire que es listo, y guapo... ¡y se ha metido cada ilusión en la cabeza!

Cada uno tiene sus preocupaciones; yo también andaba preocupada por un montón de cosas, algunas triviales, lo reconozco, como encontrar un trabajo, amueblar una casa, saber dónde se compran cordones para zapatos de vestir, o botones, o dónde remiendan un jersey roto, otras menos triviales pero algo egocéntricas, como este lunar que va cambiando de color y ennegreciéndose. Debería parecer preocupada por los niños, las madres suelen estarlo: pero los míos crecían sanos y felices, aunque dormían poco y mal, y comían irregularmente; pero hasta esto me preocupaba de modo algo egocéntrico: ¿cuándo podré dormir? Y: ¿qué les voy a dar de comer, si es para preparar algo y que no se lo coman?

Yo pensaba que no estaba preparada para dos niños: mi marido pensaba que no estaba preparada para ningún niño.

—¿De qué te quejas? Tienes ayuda, estoy pagando a alguien para que te ayude, y yo ni veo la diferencia, por la noche llego y no tengo ni tiempo para cambiarme de ropa o para comer algo, ¡enseguida me lanzo a jugar, a bañar, a mecer, a dar de comer y a mecer otra vez!

Regularmente, yo iniciaba el debate:

—Dejémoslos llorar, mira, mi cuñada es lo que dice: dejó llorar a la suya la primera vez que se puso tonta, y al cabo de

un cuarto de hora se acabó y desde entonces...

—Ya conozco la historia de tu cuñada.

— ... duerme todos toda la noche de un tirón.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Que no nos ocupemos de ellos y nos vayamos al cine dejándolos llorar?

—Nos ocupamos bastante de ellos.

—De todos modos, la que no soporta que lloren eres tú.

Falso. Fin de la tentativa. A veces la tentativa iba a peor.

—Ya lo sabías, ¿no? Ya lo sabías, ya te lo había dicho que sería mucho trabajo, y una vida diferente.

—Algo es tener una vida, más hijos, y otra cosa es tener hijos solamente.

—No se puede hablar contigo, estoy harto.

Daffy's tiene por eslogan: negocios para millonarios. Las tiendas *Daffy's* son tiendas de varios pisos, con ropa y zapatos y algún accesorio más para niños, hombres y mujeres. Hay que ir a menudo, y rebuscar en medio del desorden, y a veces se encuentra el *bargain*, pero no se trata de un animal exótico o de una ostra con perlas o de un caimán perdido por allá. Lo que yo nunca olvidaré son los sombreros de *Daffy's*; los reciben por oleadas imprevisibles, y cuando llegan, florecen sombreros de invierno como en pleno verano, y puedes quedarte allí delante de un perchero a probar sombreros; pruebo primero por la talla, porque tengo una cabeza grande y resulta tan difícil encontrar un sombrero para cabezas femeninas de mi número como zapatos de mi número (cuarenta y uno) y guantes de mi número (siempre compro guantes para hombres); menos mal, en los Estados Unidos, la gente es más grande, y las cabezas también; en *Daffy's* disfruto de un sinfín de modelos de sombreros que me caben, y muchos de ellos me sientan bien. Ya me compré uno de falso leopardo, que probablemente no me llegue a poner, aunque la verdad me gusta mucho y me sienta muy bien, pero recuerdo que, en una vida anterior, me burlaba mucho de las señoras que llevaban falso leopardo, y que

siempre me había parecido una horterada; pues se acabó esta época, porque compré uno así, de invierno, y por más que lo contemplo, no alcanzo a entender por qué no hace tanto lo encontraba tan feo; eso sí, el mero recuerdo de que, según criterios que todavía comparten mis amigos, este sombrero de imitación de leopardo es o ha sido muy horterado hace que no me atreva a llevarlo.

Otro sitio donde también me gusta probar sombreros es en *Boltom's*, donde venden marcas a precios *discount*, pero hay menos sombreros; en *Boltom's* lo que me gusta a mí es la ropa de vestir, y puedo ir comprando a menudo, porque a veces salimos de compromiso, y no puedo salir desnuda, y sé que tanto a mis antiguos amigos como a mi actual marido, esta ropa les gusta y les parece bien.

—Ves —decía Lisie—, lo que no me acaba de convencer es que aquí soy la “esposa de”. Cuando tienes un trabajo, es diferente.

Sí, es muy diferente, y no iba a tardar en preguntarme cómo alguien que no me conoce de nada puede deducir tan solo viéndome comer en un restaurante que, puesto que no trabajaba, no había trabajado nunca, y que no había estudiado nada y que probablemente aparte de mi idioma materno no hablaba ninguno y, puestos a deducir, que tal vez fuera del todo incapaz de leer o escribir.

Lisie sin embargo disfrutaba de una intensa vida social (su esposo tenía un cargo altísimo y no tenían bebés), y le chiflaba ir de compras. Pero también hubiera podido decir de mí que adoraba visitar tiendas (entre las mujeres que conocía nadie hablaba de ir a visitar museos; a veces hablaban de Chelsea y de las galerías de Chelsea, que quedaba bien conocer; y de los museos dedicados a los niños, lo cual te colocaba de entrada entre las mujeres esposas y mamás, lo que es un mínimo requerido por la sociedad, a cierta edad; y eso era yo también), porque siempre me portaba de un modo alegre. En el camino de regreso, mi humor cambiaba ligeramente, seguramente porque pensaba que no hacía

nada con mi vida y que no había conseguido nada, ningún reconocimiento en ningún campo, y ni siquiera un trabajo decente y bien pagado; seguramente porque pensaba que no le había dado ninguna satisfacción a mi padre, que había esperado muchas por parte mía, y que había llorado al morir sin que yo estuviera allí para recoger sus lágrimas: entonces, si había ido de compras económicas con Virginia, me paraba a malgastar algún dinero en cualquier tienda de Madison Avenue; si había ido de compras absurda y peligrosamente lujosas con Lisie, me paraba en un *Amazing Savings* y compraba algo a un dólar. *Amazing Savings* era un inmenso bazar, violentamente iluminado, y se podía estar allí revolviéndolo todo tanto tiempo como se quisiera, en busca de un tesoro escondido como se supone que se encuentran en los bazares orientales o en las ventas de pueblos rurales: muy a menudo se encontraba el tesoro del precio —cualquier objeto de marca vendido tres veces menos caro que en una tienda “normal”—, o un objeto muy barato que iba a encantar a los niños durante semanas, o un objeto trivial (un redondel de aluminio para proteger los fuegos de la cocina) vendido algunos centavos más baratos que en otra parte (en *Food Emporium*), pero pocas veces se encontraba aquello con lo que se soñaba sin poder nombrarlo. Iba a *Amazing Savings* a cazar o a pescar una parcela de sueño, y no la encontraba, del mismo modo que salía a pasear a cualquier sitio, hasta por los museos, tras algo mágico que seguía sin atrapar. Aun así, volvía feliz. Y había un tesoro en *Amazing Savings*, la extraordinaria rapidez de las cajas: la fila de espera podía alargarse y retorcerse por todo el piso, en un aparente desorden, en medio de hispanos perfectamente bilingües, que decían una palabra en español y tres en inglés, pero en menos de tres minutos la fila se había renovado por completo y todo el mundo había pagado. Este tesoro existía a la inversa en *Syms*, otro *department store discount*: de vez en cuando en los cuatro o cinco pisos de los que disponían en Park Avenue un empleado

(pakistaní) se acercaba blandamente y proponía en un susurro lento y tímido alguna ayuda: *Are you beeing helped?*, pero la espera en la caja era desesperadamente larga, teniendo en cuenta de que nunca había más de una o dos personas esperando; pero en *Syms* era difícil encontrar un cajero; un encargado de seguridad pedía insistentemente un cajero en el nivel cero (el único nivel, de hecho, donde se podía pagar) hasta que pasados unos diez minutos una empleada inmóvil cerca de la fila decidiera recordar que tenía aptitud para cobrar y utilizar la caja, y se dispusiera a ello (sin embargo, no despachaba nunca más de una persona; luego se iba a buscar a otro cajero). Los extensos pisos de *Syms* se fundían en la penumbra, y parecían proteger la intimidad del cliente (y del empleado), mientras que la iluminación fluorescente de *Amazing Savings* cegaba al cliente; las bolsas de *Amazing Savings* eran de plástico blanco, con la marca escrita en rojo; las bolsas de *Syms*, de papel negro, sin marca, con solo esta inscripción: *Educated Consumer*. Las bolsas neoyorquinas merecían un estudio: las de *Blomingdale's* (*Blomie*) eran de papel marrón (kraft) y rezaban: *Little Brown Bag*; las de *Dean and DeLuca* eran de papel blanco con la marca escrita en letras negras y finas; las de *Fairway* eran de plástico, con el *skyline* de Nueva York dibujado en negro y azul; las de *Boltom's* eran rojas, con la marca en blanco; las de *Food Emporium* eran de plástico blanco con la marca en finas letras verdes y naranjas; las de *Staple* eran azul y rojas; las de *Gristedes* blancas y amarillas; las de *Barnes and Noble* multicolores, porque representaban las portadas de los libros más conocidos: *Gone with the Wind*, sobre un fondo anaranjado y verde; *The Great Gatsby*, en letras blancas encima de unos ojos y una boca dibujados sobre un fondo azul; *Death of a Salesman*, sobre un fondo negro y amarillo; *Of Mice and Men* sobre un fondo verde y blanco; *To Kill a Mockingbird*, sobre un fondo negro, rojo y verde; *The Jungle*, verde; *Go Tell It On The Mountain*, rojo anaranjado y negro; *The Sound and the Fury*, rojo y beige y gris;

Eloise in Paris, azul y rosa, y una minifalda; las bolsas de *Toy'R'Us* eran de color leopardo; la lista es interminable; pero las bolsas eran perfectas. Cada bolsa era la mejor posible y cuadraba idealmente con su tienda; y el conjunto de todas las bolsas era una delicia para los ojos, como si algún diseñador las hubiera imaginado todas como una singular colección. El conjunto de todas las bolsas era Nueva York.

Cuando llegué a casa, estaba como siempre algo deprimida por tanto dinero gastado y tanta compra poco útil y tantos precios altísimos, pero al ver a los niños bien, y a Mary un poco triste, me sentí mejor, y dispuesta a ser buena y sensible y al mismo tiempo enérgica y directora de mi propia vida.

—¿Has comido algo, Mary?

—Sí, algo he comido.

—Voy a hacer un régimen. Me han hablado de una dieta con pomelos, he comprado pomelos, ¿quieres un pomelo?

—No.

Mary sacudió la cabeza. Y empezó a fijarse en mí en silencio. Al cabo de un rato, la curiosidad la indujo a preguntar:

—¿Y sólo se comen pomelos?

—Sí —decreté—, sólo pomelos. Una semana de pomelos. Y dime, entonces, ¿qué le ocurre a tu hermano?

—Es que no sólo es *doorman*, al menos es lo que dicen por ahí.

Por ahí: el “condo”.